

Historia 14 — “Quitad de aquí estas cosas”

Al día siguiente, Cristo entró en el templo. Tres años antes, había encontrado a hombres comprando y vendiendo en el atrio exterior, y los había reprendido y expulsado.

Ahora, al volver al templo, encontró el mismo tráfico todavía en curso. El atrio estaba lleno de ganado, ovejas y aves. Estos se vendían a aquellos que deseaban ofrecer sacrificios por sus pecados.

La extorsión y el robo eran practicados por los que se dedicaban a este tráfico. Tan grande era la confusión de sonidos que provenía del atrio, que perturbaba seriamente a los adoradores que estaban dentro.

Cristo se detuvo en las escalinatas del templo, y nuevamente su mirada penetrante recorrió el atrio. Todos los ojos se volvieron hacia Él. Las voces de la gente y el ruido del ganado se acallaron. Todos miraron con asombro y temor reverente al Hijo de Dios.

Lo divino resplandeció a través de lo humano, y dio a Jesús una dignidad y una gloria que nunca antes había manifestado. El silencio se volvió casi insoportable.

Finalmente, habló con tono claro y con un poder que conmovió al pueblo como una poderosa tempestad:

«Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Lucas 19:46).

Con una autoridad aún mayor que la que había manifestado tres años antes, ordenó:

«Quitad de aquí estas cosas».

Una vez antes, los sacerdotes y gobernantes del templo habían huido ante el sonido de esta voz. Después, se avergonzaron de su miedo. Sintieron que nunca volverían a huir de esa manera.

Sin embargo, ahora estaban más aterrados, y con mayor prisa que antes obedecieron su mandato, y se apresuraron a salir del templo, llevando su ganado delante de ellos.

Pronto el atrio se llenó de personas que traían a sus enfermos para ser sanados por Jesús. Algunos estaban muriendo. Estos afligidos sentían su necesidad dolorosa.

Fijaron sus ojos suplicantes en el rostro de Cristo, temiendo ver en él la severidad que había expulsado a los compradores y vendedores. Pero vieron en su rostro solo amor y tierna compasión.

Jesús recibió amablemente a los enfermos, y la enfermedad y el sufrimiento huyeron al toque de su mano. Tiernamente reunió a los niños en sus brazos, calmó sus llantos irritables, desterró la enfermedad y el dolor de sus pequeños cuerpos, y los devolvió, sonrientes y saludables, a sus madres.

¡Qué escena para recibir a los sacerdotes y gobernantes cuando regresaban cautelosamente al templo! Oyeron las voces de hombres, mujeres y niños alabando a Dios.

Vieron a los enfermos sanados, a los ciegos recuperar la vista, a los sordos recibir el oído, y a los cojos saltar de alegría.

Los niños tomaron la delantera en estos regocijos. Repitieron los hosannas del día anterior y agitaron ramas de palma delante del Salvador. El templo resonaba y volvía a resonar con sus gritos:

«Hosanna al Hijo de David:

«Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mateo 21:9).

«He aquí tu Rey vendrá a ti; justo y salvador» (Zacarías 9:9).

Los gobernantes intentaron acallar los gritos de los niños felices, pero todos estaban llenos de gozo y alabanza por las obras maravillosas de Jesús, y no quisieron ser acallados.

Los gobernantes se volvieron entonces al Salvador, esperando que Él les ordenara callar. Le dijeron:

«¿Oyes lo que estos dicen?»

Jesús respondió: «Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?» (Mateo 21:16).

El bendito privilegio de proclamar el nacimiento de Cristo y promover su obra en la tierra había sido rechazado por los orgullosos gobernantes del pueblo.

Sus alabanzas debían ser proclamadas; y Dios eligió a los niños para hacerlo. Si las voces de estos niños jubilosos hubieran sido acalladas, los mismos pilares del templo habrían clamado en alabanza al Salvador.